



**bam  
bú**



**Black Soul**

**Núria Pradas**

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2014, Núria Pradas Andreu, por el texto  
© 2014, Editorial Casals, SA  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Toni Deu  
Diseño de la colección: Miquel Puig

Segunda edición: octubre de 2015  
ISBN: 978-84-8343-306-5  
Depósito legal: B-16334-2014  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**A**quel día no había sido mejor que los demás.

Bueno, ni tampoco peor.

Había sido un día normal, a saber: con sus seis horas de aburridas clases, y sus pequeños intervalos de libertad vigilada que yo dedicaba a escuchar mi iPod, sola, en mi rincón del patio.

Todo el día esperando.

Esperando oír el timbrado que marcaba el fin del suplicio.  
¡Queridísimo timbre!

Me fui para casa gastando zapatillas. Como cada día. Tarareaba una melodía pegadiza, una muy de moda. Si alguien me hubiera visto en aquel momento, habría pensado que yo, Laura Castillo, era una chica normal y corriente. Una chica como las demás chicas de trece años.

Pero no. En eso todo el mundo (el mundo que me conoce, claro) parece estar de acuerdo: soy rarita.

En casa no había nadie. Nunca hay nadie en casa a esas horas.

Hice lo de cada tarde. O sea, tirar rápidamente la mochila, que me tiene la espalda martirizada, encima del sofá, y entrar zumbando en mi habitación, conectar el ordenador y teclear la contraseña.

En pocos segundos, la pantalla se iluminó. Eso también pasaba cada tarde, gracias a Dios.

Corrí a la cocina para prepararme una merienda rápida. Cereales con leche, como de costumbre.

Al volver a la habitación, y mientras recorría el pasillo y engullía una cucharada colmada de cereales, tuve la mala fortuna de ver mi propia imagen reflejada en el espejo de marco dorado que mamá se empeña en tener colgado en ese lugar tan inapropiado, a saber por qué.

Me tragué los cereales sin masticar ni nada. Ya no me acordaba de lo fea que era. A veces, se me olvidaba.

Salí disparada hacia la habitación, a la carrera. No quería tener que contemplar ni un segundo más a esa adolescente delgaducha en fase de crecimiento; esa niñata sin formas, lisa como una tabla de surf; más pálida que un vampiro con hambre, con ojos de lechuga marrones. Y pelo lacio. Y marrón.

Y es que toda yo soy marrón. Fea. Eso sin abrir la boca; porque cuando la abro... entonces no soy fea. ¡Soy feísima! ¿O es que hay alguien a quien le sienten bien unos *brackets* horribles sobre unos dientes que parecen querer escaparse de la boca?

Cerré de un portazo, esperando que la Laura del espejo se quedara fuera. Dejé la taza de cereales encima de la mesa,

al lado del ordenador. Había llegado la hora de mi liberación. Tecleé la dirección del sitio de reunión virtual:

## **TEEN WORLD**

Luego escribí el nombre de usuario y la contraseña.

**Login:** BLACK SOUL

**Contraseña:** lc2001

La pantalla del ordenador se oscureció para explotar, unos segundos después, en un estallido de color.

Mi corazón empezó a tamborilear alegremente mientras mi avatar aparecía en pantalla y me miraba, invitándome a vivir mi otra vida.

Laura Castillo empezaba a licuarse como un helado de fresa que te has dejado al sol.

■ ■ ■

Black Soul movió la cabeza de un lado a otro, entornando sus grandes ojos verdes. Llevaba el pelo, negrísimo, cortado en mechones de longitud desigual. Algunos le caían por la frente, jugueteando alegres ante sus ojos, con estudiada rebeldía. Las luces de neón pintaban reflejos azules sobre los negros cabellos.

Vestía unas mallas negras, un body brevísimo y una cazadora tejana con agujeros.

Empezó a andar con pasos firmes y seguros.

Black Soul era toda decisión.

Mientras se dirigía hacia el local social de siempre, Full Board, fue cruzándose con una serie de personajes variados. A algunos los conocía. A otros no los había visto jamás.

Bajó los peldaños y entró en el local.

Empezaba a estar bastante concurrido.

El suelo se encendía y se apagaba bajo sus pies.

La música estaba demasiado baja para su gusto.

■ ■ ■

Subí el volumen de los altavoces, sin apartar los ojos de la pantalla ni un instante.

Ahora estaba mucho mejor.

■ ■ ■

Black Soul empezó a mover la cabeza siguiendo el ritmo trepidante de la música.

Barrió el local con una mirada intensa y curiosa.

Había gente que se agrupaba alrededor de las mesas altas en forma de tubos de colores fluorescentes. Parecían hablar.

Otros bailaban o jugaban con los simuladores.

Avanzó unos cuantos pasos más. De pronto, se detuvo. Unas muchachas tatuadas se cruzaron en su camino. Black las tenía vistas. Eran tres y siempre iban juntas.

■ ■ ■

Esos tres avatares, los de las chicas tatuadas, me daban repelús. No me gustaban. Quizás eran manías mías; o, quizás, una remota intuición sin fundamento, porque la verdad es que ni siquiera había cruzado una palabra con ellas. Nunca.



Black Soul pasó de largo y se dirigió hacia una de las pistas de baile. Charlotte Runny bailaba tan concentrada en ajustar el movimiento de su cuerpo al ritmo de la música que ni la vio.

Black empezó a mover las caderas. Los brazos subían arriba, arriba... las manos serpenteaban dibujando espirales en el aire.

Cerró los ojos y la música se le metió en el cuerpo.

Hasta que sintió que una mirada se le clavaba encima.

**B**lack Soul abrió los ojos. Quien tan descaradamente la miraba era un avatar masculino a quien no había visto nunca por allí. Llevaba el pelo rojo peinado hacia arriba, de punta, en mechones que parecían flechas de fuego. Llevaba unos tejanos rotos, una camiseta de tirantes tan agujereada como los pantalones y los ojos ocultos tras unas enormes gafas de sol con cristales azules.

■ ■ ■

De repente, un conocido pitido me avisó de que alguien quería chatear conmigo. Fijé los ojos en la pantalla:

**Jack Sparrow:** ¿Quién eres?

**Black Soul:** ¿Acaso no sabes leer?

**Jack Sparrow:** ¿Quieres bailar?

**Black Soul.** Ya estoy bailando.





«¡Qué dura soy!», me dije para mí misma; y me parece que se me escapó una sonrisa.

Los cereales habían quedado remojados en el olvido. Me arrellané un poco más en el asiento, mientras esperaba que ese nuevo e interesante habitante del mundo virtual me respondiera (si se atrevía) con un nuevo mensaje al chat.

Y, entonces, oí como se abría la puerta y entraba mamá en casa.

«¿Ya?», pensé mientras miraba de reojo la hora en la pantalla del móvil. Tenía que desconectarme. Aquello puso punto y final a mi buen humor.

Cuando mamá entró en mi habitación me encontró estudiando, con la cabeza hundida en el libro de sociales.

El ordenador estaba apagado. Esas eran las normas.

Mamá me preguntó algo sobre las clases y yo le respondí lo de siempre. Luego, la conversación derivó hacia el menú de la cena.

Después volví a quedarme sola. Sabía que entre poner la lavadora y empezar a preparar la cena, eso si es que no había ropa que planchar, pronto mamá olvidaría que tenía una hija.

Ese sería el momento de volver a meterse en la piel de Black Soul. Un poquito. Solo un poquito más.

Pero Jack Sparrow ya no estaba.

La verdad es que me quedé un poquitín decepcionada. Transporté a Black Soul a una playa bastante solitaria.

Nos quedamos mirando el mar un rato.

Cuando, al ir a dormir, apagué la lamparilla de la mesita de noche, aún tenía el rojo cabello de Jack Sparrow clavado en la retina.

**H**abía oído hablar por primera vez de los chats virtuales para adolescentes en el instituto.

En mi instituto hay de todo, como en un zoo, y, desde luego, también hay los típicos colgados de ese tipo de chats. Se reunían en un café cercano, donde pasaban las horas muertas chateando en los ordenadores del local o en sus propios portátiles. El nombre del local era para no perderse: «Cyber World».

Original de la muerte.

Nunca me han gustado las concentraciones humanas; quizás por eso solo había estado allí una vez, más que nada para dejar satisfecha mi curiosidad innata. Pero la verdad es que como en casa no se chatea en ninguna parte.

Eso, lo de la visita al Cyber World, fue cuando me acababan de regalar el ordenador. Me lo regaló papá, claro. Aún tenía la conciencia hecha polvo por haberse largado de casa de aquella forma, de un día para otro, sin explica-

ciones ni nada. ¡Y todo para irse a vivir con una compañera de trabajo que podía ser su hija! ¡O casi!

Bueno, de algo me tenía que servir tener un padre que no se ocupa nunca de una. ¿O no? De vez en cuando, cae un regalo «limpiaconciencias concentrado». Mamá, la pobre, no me habría podido comprar un ordenador como ese ni aunque habría trabajado dos turnos más en la clínica.

Quizás mamá sintió rabia ante aquella especie de soborno cibernético; ¡a saber!, porque los adultos, sobre todo los separados con mal rollo, son muy raritos. La cosa fue que en cuanto lo vio en casa empezó a poner normas: que solo había que usarlo para estudiar; que los fines de semana, descanso; que de jueguecitos, nada de nada... ¡Parecía odiar el ordenador!

Pero es fácil saltarse las normas en esa casa tan descabezada en la que vivo.

Y así fue como, en mis largas horas de soledad doméstica, empecé a hurgar en los chats. Más por curiosidad que por otra cosa. Para no ser menos. Ahora, también una servidora tenía un superordenador personal y podía hacer con él lo que quisiera. (Siempre y cuando mamá siguiera estando en baba, claro.)

Y aunque primero tuve mis reservas, acabé colgándome totalmente del chat. Mamá, de haberlo sabido hubiera dicho que «me sorbió la voluntad».

Empecé por crear un avatar parecido a mí. Bueno, sin los *brackets*, claro está. Y con los ojos verdes. Y más alta. Y con más curvas.

Enseguida me convertí en una experta y descubrí lo divertido que era jugar con un avatar. Ir diseñándolo. Cambiándolo. ¡Cambiándome!

¡Era genial!

Así nació Black Soul, que pronto se convirtió en una de las asiduas a aquel mundo. Una, y no es porque yo lo diga, de las más admiradas y buscadas de Teen World.

Y es que Black Soul era la leche.

**A** veces, pensaba con cierta aprensión que ya que la primera vez que había oído hablar de Teen World había sido en el instituto, era probable, por no decir seguro, que detrás de mis amigos virtuales se escondieran algunos compañeros de clase. O de instituto.

Pero ¿quiénes podían ser? No suele pasar en un mundo virtual que la gente revele su identidad. Todo el mundo se esconde detrás de su avatar, como yo.

Cuando me daba la neura, me pasaba una clase entera con los ojos clavados en algún compañero o en alguna compañera, intentando adivinar cómo sería su avatar.

Y me entraba la risa floja al pensar que no podía haber nadie en el mundo que fuera capaz de adivinar quién se escondía detrás de Black Soul.

Más de una vez, y de dos, algún profe me había pillado in fraganti, con la sonrisa colgada de los labios, como una mueca, y me había caído ración doble de ejercicios.

Lo cierto es que siempre llegaba a la conclusión de que lo más seguro era que hubiera poca gente de mi clase en el chat. Porque la gente de mi clase era de lo más vulgar. Y, en cambio, en el chat...

Precisamente, aquel día del que hablábamos al principio, aquel día que no había sido ni mejor ni peor que los demás, me había pasado la clase de lengua sumida en esos pensamientos. Quizás por eso, la clase hasta se me había hecho corta. Claro que no me había enterado de nada de lo que se había hablado allí. De eso, mamá diría «perder el tiempo supinamente».

Estaba recogiendo el material de clase que tan poco había utilizado cuando oí que alguien hablaba a mi espalda.

–Per... perdona...

Me asusté. No era muy normal que la gente se me acercara y se dirigiese a mí si no era por equivocación.

La cara de un chico llena de acné juvenil estaba, más o menos, a dos dedos de la mía. Y sí, se dirigía a mí.

Di un paso para apartarme de quien así se atrevía a invadir mi soledad, tropecé con las patas de la silla y el libro que él sujetaba con las dos manos cayó al suelo con gran estrépito. Nos agachamos los dos a la vez para recogerlo. Con las prisas, nos dimos un buen coscorrón.

–¡Auuuuuu!

–Per... perdón –dijo el intruso en un susurro mientras se frotaba la cabeza. Yo recogí el libro del suelo. SU libro. Era el libro de mates, pero tenía la cubierta pintarrajeada con ilustraciones que me recordaron una peli de piratas, con barco bucanero, ojos con parche, loro verde, patas de

palo y demás. En el centro, habían dibujado dos iniciales enormes adornadas con toda suerte de florituras: MG.

–Migue García –me aclaró.

Yo le acerqué el libro sin soltar prenda.

–Mi nombre. Migue Gar... cía...

Repitió como si servidora fuese sorda del todo.

–Ya... Bueno... –dije, poniendo cara de palo.

–Solo quería saber si me podías pasar los apuntes de mates de ayer. Es que no vine a clase –insistió.

Roja como un tomate, me apresuré a guardar los libros en la mochila a velocidad supersónica, preguntándome, para mis adentros, por qué me pedía los apuntes precisamente a mí con la de gente que había en clase.

–Bueno... pues lo siento, pero no los tengo –dije a media voz y con la boca casi cerrada. Y es que desde que me habían puesto los *brackets* siempre hablaba así, en susurros, y, desde luego, no sonreía nunca.

Miré a Migue García de reojo, intentando adivinar sus malas intenciones; seguro que aquel conato de acercamiento no era más que una burla. Una broma de mal gusto. Cargando la mochila a la espalda, eché a correr como alma que lleva el diablo.

Creo que él se quedó ahí, de una pieza, preguntándose qué había hecho mal. Aunque no estoy segura, porque no volví la vista atrás para nada.



**Y**a habían pasado un par de semanas desde que Black Soul y Jack Sparrow se encontraban a diario en el chat. Es decir, desde que yo me encontraba a diario con mi nuevo amigo de pelo rojo en el chat.

Le había hecho un vestuario nuevo a Black. ¡Una pasada!

Jack, a su vez, se había tatuado un corazón en el antebrazo derecho. Era un detalle que me había llenado de emoción.

La vida virtual me sonreía.

Nuestras conversaciones eran cortas pero intensas. Juntos, habíamos visitado nuevos lugares que Teen World nos ofrecía, desconocidos para ambos.

Sencillamente, nos encontrábamos muy a gusto juntos.

Pero esa nueva amistad no le parecía bien a todo el mundo.

Solo un par de días antes, Black se había cruzado con las tres muchachas tatuadas. La que parecía llevar la voz

cantante, la más alta de las tres, la de los tatuajes más impresionantes y pelo rosa chicle, la detuvo con malas formas. Las otras dos se colocaron detrás, provocándome una desagradable sensación de acorralamiento.

Me quedé de una pieza al leer el mensaje en la pantalla:

■ ■ ■

**Klar Pink:** Cuidado con ese nuevo amigo; no nos mola nada.

■ ■ ■

¿Con qué me salía aquel bicho raro, ahora? Estuve tentada de no contestar. Pero eso habría sido una cobardía.

■ ■ ■

**Black Soul:** ¡Sal de mi camino, tía!

■ ■ ■

Las manos de Black Soul se alargaron en un gesto un poco mecánico, mientras que en su rostro se pintaba la irritación. Pero eso no pareció asustar a las tres tatuadas.

■ ■ ■

**Black Soul:** ¡Que salgáis de en medio!

■ ■ ■

Ellas se apartaron lentamente y conduje a Black Soul hacia su destino, dignamente.

Nunca me había pasado una cosa así en el chat; pensaba que todos éramos colegas, pero, por lo visto, como en la vida real, también allí había quien tenía malas pulgas y estaba dispuesto a fastidiarla a una en menos que canta un gallo.

Me quedé un poco tocada, la verdad. Pero todo fue ver a Jack y olvidarme del desafortunado encuentro.

La tarde fue magnífica y, como se suele decir, las palabras se las lleva el viento. Y los mensajes desagradables, también. No volví a pensar en los avatares tatuados.

Y Black Soul, tampoco.

**H**acía ya tres días que Jack Sparrow no aparecía por el chat.

Yo no me lo podía creer.

La última tarde que pasamos juntos había sido magnífica. Black Soul y él habían estado bailando en el Full Board y ella le había presentado a sus amigos. Había, habíamos quedado en vernos al día siguiente.

Claro que tres días no eran nada.

Podía ser que Jack Sparrow, bueno, que quien hubiese detrás de Jack Sparrow, estuviera enfermo.

Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Volví a mirar la pantalla.

Black Soul parecía tan triste como yo.

«Qué tontería», pensé para mis adentros, «Black no conoce la tristeza. En su mundo solo hay sitio para la diversión.»

Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué hacer.

El mundo virtual se había vuelto extrañamente solitario y aburrido sin Jack.

Me puse a pensar en quién debía haber detrás de ese nuevo avatar, simpático y de cabellos rojizos. ¿Cómo debía de ser?

El pitido me asustó. Leí en la pantalla:

■ ■ ■

**Charlotte Runny:** Hola. ¿Y tu amigo? Ese tío que está tan bueno...

■ ■ ■

Rápidamente, sin pensar, tocando las teclas adecuadas, hice que Black Soul encogiera los hombros en un gesto de interrogación. Me la llevé de allí. No tenía yo muchas ganas de iniciar una conversación con nadie.

■ ■ ■

**Charlotte Runny:** Es tope enrollado, tía.

■ ■ ■

«Sí, tope enrollado, pero me ha dado plantón.»  
Y me desconecté.

**M**i estado anímico entró en fase de alerta roja cuando se cumplió una semana de la «desaparición» de Jack Sparrow. Aquello era una deserción en toda regla.

¿Qué podía pensar, una servidora?

Evidentemente, que mi «amigo» había encontrado aquel mundo virtual aburrido y había decidido tirar millas. Lo cual equivalía a decir que había encontrado aburrida la compañía de Black Soul.

¡Increíble! La sola idea me hacía subir los colores a la cara.

«¿Qué se habrá creído?», me decía para mis adentros. «Por qué fingió que se encontraba bien conmigo? Bueno... con Black.»

Se había burlado de mí, no me cabía ninguna duda.

Una idea horripilante cruzó por mi sesera. ¿Y si...? ¡Oh, no! ¿Y si era alguien del instituto que había descubierto la identidad de Black Soul? ¿Y si se enteraba todo el insti... todo el barrio... todo el mundo de que yo... de que ella...?

¡NO! ¡NOOOOO!

Era una idea absurda. Me estaba volviendo paranoica. Nadie en este mundo podría imaginar, por mucha imaginación que tuviese, que Black Soul era yo.

Pero, entonces ¿qué había pasado con Jack Sparrow?

Me aparté de la pantalla y me dejé caer en la silla, impotente. Durante días había soñado con un nuevo encuentro con Jack Sparrow. Si él me fallaba, ¿qué me quedaba? Aquel mundo que antes me parecía divertido, qué digo, divertido: ¡fascinante!, ahora, sin él, ya no era nada.

Noté la humedad de una lágrima deslizándose por mi pálida mejilla. Me la sequé con rabia.

Volví a fijar la mirada en la pantalla. Me pareció ver que Black Soul hacía gestos con la mano. Absurdo. Yo no había movido ni una tecla.

Me froté los ojos con fuerza y volví a mirar la pantalla.

Black Soul me miraba con impaciencia, las manos apoyadas en las caderas. Avanzó unos pasos y pude ver su rostro agigantarse y ocupar toda la pantalla.

Mi corazón se puso a trotar violentamente. ¿Quién estaba moviendo a Black Soul? Porque, claro, ella sola no podía hacerlo.

De pronto, oí una voz:

—¿Es que no piensas hacer nada, chica? ¿Solo quedarte ahí sentadita, llorando?

Abrí la boca, pero mi garganta se negó a emitir ni un solo sonido. No lo podía entender. Mi avatar se movía y hablaba solo. Aquello era, simplemente... ¡imposible!

–Ya había notado que eras un poco... cortadita.

Black Soul avanzó un poco más. Sus enormes ojos verdes ocupaban, ahora, casi toda la pantalla.

–Tenemos que hablar –dijo, retrocediendo de nuevo.

No me moví. No pude. ¡Estaba tiesa! Me tapé los ojos, esos dos ojos marrones tan sosos que tengo, con las dos manos.

–¡¡¡Tía!!! –gritó Black Soul, enfadadísima.

Ese grito removió, quizás, algún resorte interno de mi aturullada mente. Estaba segura de que se me habían fundido todos los plomos. Y, aun así, mis manos seguían cubriendo esos dos ojos que se negaban a ver.



**N**o veía nada.

Nada de nada.

Mis ojos seguían cerrados, empeñados en ignorar aquel fenómeno paranormal.

Cuando por fin los pude abrir, me encontré con la conocida figura de Black Soul, mi avatar, en la pantalla. Estaba inmóvil, como esperando órdenes. MIS ordenes. Quizás todo había sido fruto de mi imaginación enfermiza. Nada parecía estar fuera de lugar. Nada; hasta que Black empezó a andar sola, dio unos pasos hacia atrás y mis manos empezaron a temblar incontroladamente, al ritmo de mi corazón convertido en un tam-tam. ¡Black seguía moviéndose sola! ¡Sin mi intervención!

¿Qué diantres estaba pasando?

Black Soul, los brazos en jarras, no dejaba de observarme con mirada socarrona.

–Bueno ¿qué tal? ¿Repuesta ya de la sorpresa?

–Yo...

–¿Podemos hablar de una puñetera vez?

Volví a mi estupefacción y no contesté. Es que no me salía la voz. El cerebro, mi cerebro, en cambio, parecía estar haciendo horas extras. En décimas de segundo, las ideas y pensamientos se me agolparon en la cabeza, haciendo cola para salir y ofreciéndome un sinfín de posibles respuestas a aquel dilema:

«¿Es esto la realidad?»

«¿Estoy soñando despierta?»

«¿Estoy soñando dormida?»

«¿Soy de verdad?»

Sin apartar la mirada de la pantalla en la que Black Soul, mi avatar, seguía moviéndose sin contar para nada conmigo, como si hubiera cobrado vida propia, me pellizqué.

Me dolió.

«Sí, estoy despierta», me dije frotándome el brazo. Y me miré de arriba abajo. Llevaba los tejanos viejos y la camiseta de «I LOVE Santander» que me había regalado mi prima santanderina y que llevaba puesta desde esa mañana.

Todo parecía indicar que yo seguía siendo Laura Castillo. Que estaba viva y despierta.

–Bueno, chica –dijo Black Soul, interrumpiendo el curso de mis cavilaciones–. ¿Sabes?, tenemos un problema.

Se me escapó un grito y una palabrota.

–¿Te pasa algo? ¿Me sigues?

–Te sigo... un problema... tenemos un problema...

Black Soul alzó los ojos al cielo con gesto de resignación.

–Supongo que te has dado cuenta de que Jack Sparrow ha desaparecido.

Dijo esto último en un tono como de reproche. Yo me afané en contestar:

–¡Oh, sí!

Mi avatar echó una rápida ojeada a su alrededor.

–Será mejor que busquemos un sitio más tranquilo donde poder hablar.

Iba yo a hacer lo mismo, es decir, a echar una ojeada a mi alrededor, cuando noté que Black se alejaba. El corazón me dio un vuelco.

Se estaba elevando. De nuevo, sola. ¡Sin mí! Ahora no era yo quien conducía a mi avatar por el chat; era ella quien me abría nuevos y desconocidos paisajes en ese mundo virtual que yo creía conocer.

**B**lack Soul, solita, empezó a descender sobre una superficie rocosa.

–¿Dónde estamos? –le pregunté pegada a la silla–. Quiero decir... ¿por qué tú...? ¿Por qué yo...?

–Chica, estás en el mundo virtual. ¿Lo pillas?

En aquel momento, no lo pillé. ¡Qué iba yo a pillar si hasta me costaba respirar!

Mi avatar empezó a avanzar por aquella especie de desierto. Yo la seguí, el corazón en un puño, y sin hacer otra cosa que mirar, hasta que vislumbramos un complejo de edificios. Parecía una urbanización en medio de la nada.

A medida que se iba acercando, pude ver que en uno de los edificios, el más grande, parpadeaban las luces rojas y azules de un gran cartel.

–¿Es un local social como Full Board? –le pregunté.

–Bueno... algo parecido –respondió Black–. Es el local social más solitario de... ¡OH!

Black Soul se tapó la boca con una mano. Y era evidente el porqué de su asombro. En la puerta del local había una docena de avatares. Todos se giraron a mirarla.

–¡Vaya!, por lo visto el local social más solitario de Teen World se acaba de poner de moda. No me gusta... Esto no me gusta nada.

–Pero... ¿Por qué? ¿Crees que nos están siguiendo o algo así?

Black Soul levantó la barbilla y aceleró el paso.

–En fin, no importa. Vamos dentro.

Ciertamente, aunque el paisaje exterior era totalmente distinto, aquel local no se diferenciaba mucho del Full que Black y yo solíamos frecuentar tarde sí, tarde también. Quizás la decoración era un poco más sencilla, pero, aun así, no faltaban los conjuntos de sofás y pufs colocados en círculo para propiciar la charla, los simuladores de velocidad y hasta el teclado electrónico, con teclas de vivos colores, en el suelo para tocar con los pies.

Mi avatar se desplazó por el local hasta llegar a un rincón solitario. Había un sofá rinconero y una pequeña mesita que brillaba gracias a los vasos de tubo, con bebida verde fosforito, que había encima.

Cogió uno.

–¿A qué sabe? –pregunté curiosa.

Siempre me habían llamado la atención aquellas bebidas brillantes y burbujeantes que se consumían en los

locales. Nada de alcohol, por supuesto; aquello era un chat para menores. Pero ¿a qué sabrían?

Black Soul negó con la cabeza.

—¿Saber? A nada.

Noté que las mejillas se me encendían. ¿Por qué sentía yo ese complejo de inferioridad delante de ella? O, dicho con otras palabras, ¿por qué me sentía idiota delante de mi avatar?

—Virtual... chica... virtual, ¿entiendes? Aquí todo es virtual.

Empezaba a entender.

Black Soul se había quedado extrañamente silenciosa. Parecía perdida en sus pensamientos.

—Bueno... o casi todo. Porque lo que yo sentía por ese chico... lo que sentíamos los dos...

Subí la voz más de lo que la prudencia señalaba.

—¿Estás enamorada de Jack Sparrow?

Me clavó sus gatunos ojos encima. De nuevo la fuerza de su mirada atravesaba la pantalla. Otra miradita como aquella y me quedaría convertida en un fiambre.

—¡Pues claro! ¿Es que aún no te has dado cuenta?

Iba a contestar, pero supe callar a tiempo. No le podía decir a Black que era yo quien se había enamorado del chico. Porque, claro, el chico era un avatar; Black era un avatar. Y yo era una tonta de remate que había confundido la realidad con la ficción.

—Sí... —casi suspiré por fin—, la verdad es que se os veía muy enamorados.

— ¿Y a que hacíamos una pareja increíble?

—Increíble... sí...

Black Soul se acercó tanto a la pantalla que si hubiera tenido aliento se me habría pegado a la nariz.

–Y ahora ha desaparecido.

–Ya...

Se apartó de nuevo y se arrellanó en el mullido sofá. Empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Estaba pensando, por lo visto.

–Debemos encontrarlo enseguida.

–Sí...

En aquel preciso momento, un destello de lucidez cruzó por mi maltrecho cerebro. ¿Qué estaba haciendo yo allí, sentada en mi silla, en mi habitación y dándole palique a un avatar que parecía funcionar independientemente de mi voluntad? Y, encima, ¿acatando sus órdenes como si fuera un ser superior y divino?

Me levanté de un salto.

–¿Se puede saber qué estás diciendo? –pregunté casi gritando–. TU Jack Sparrow no ha desaparecido ni vamos a buscarlo, ni... ni nada de nada.

–Sssssshhhh...

A mí ya no me paraba nadie.

–Para que te enteres, TU Jack Sparrow es un avatar que alguien se ha inventado; detrás de él hay un loco, o una loca, vete tú a saber, que se pasa las horas muertas en este mundo de pega donde el aire no te da en la cara y no hay nada en los vasos y...

–Baja la voz... –susurró Black, lanzando miradas a su alrededor.

–¡No me da la gana! –grité aún más–. Y para que te en-

teres, tú también eres un avatar; o sea, que no eres nada; eres de broma, ¿lo pillas?, DE BRO-MA...

Mi avatar no me hizo ni caso. Para mí, que no me escuchaba ni nada. ¡Con lo bien que me había quedado el discursito! Y es que tenía la mirada fija en tres bultos que se acercaban hacia ella con pose amenazadora.

Eran las tres chicas tatuadas.

Sin mediar palabra, Black se levantó y echó a correr, arrastrándome virtualmente por un angosto pasillo, oscuro y desnudo.

Una puerta metálica NOS cerró el paso.

Black Soul levantó ambos brazos, tomó aire, gritó de una manera horrorosa y, de una patada, echó la puerta al suelo.

Me quedé atónita. Siempre he pensado que lo más sencillo para atravesar una puerta es hacer girar el pomo. En fin...